



En el 14 Encuentro de Reflexión Monseñor Angelelli, realizado del 1 al 5 de agosto de 2005, estuvo presente el Obispo Demetrio Valentini (foto) de la Diócesis de Jales (San Pablo, Brasil). En el Encuentro desarrolló sus aportes sobre el tema Los desafíos pastorales para los cristianos en América Latina.

La Iglesia Latinoamericana y los procesos de LIBERACIÓN

La Iglesia es una realidad muy amplia, muy compleja y muy diversificada. Entonces yo intentaré proponer algunos puntos para reflexionar, referencias que nos ayuden a situarnos en esa realidad.

Nuestra manera de hablar de la Iglesia tiene que ser cariñosa, por muchos motivos, porque merece respeto su trayectoria, está peregrinando en la historia, y porque cada uno lleva consigo sus contradicciones. Vamos a hablar con mucho respeto y mucho cariño, porque tenemos mucho que contar con la Iglesia; es un proyecto muy válido, y a la vez se sitúa en un horizonte más amplio que es el Reino de Dios.

La Iglesia es importante y, al mismo tiempo, relativa. Es relativa porque el Reino de Dios es más amplio. Entonces, la Iglesia tiene que estar al servicio y a la vez debería ser una realización eventual de todo lo que imaginamos debe ser el Reino.

Mi impresión es que cargamos demasiado a la Iglesia de las circunstancias que vive. Muchas cosas de la Iglesia son fruto de la historia y no necesariamente debían ser así. Esto sirve también para entender por qué hay dificultades de convivencia en la Iglesia. Tenemos que distinguir qué es lo relativo. Muchas de las estructuras de la Iglesia que estábamos con-

vencidos de que eran voluntad de Cristo, después, con más tranquilidad, pudimos percibir que no era tan así, que podía haber otra forma. Hay que distinguir qué tiene un sentido esencial y qué tiene un sentido relativo.

La occidentalización del cristianismo

Por ejemplo, en cuanto al cristianismo, creo que fue demasiado occidentalizado, demasiado identificado con una configuración occidental. Y junto con el cristianismo, la Iglesia. Un reto que tenemos es mostrar que la Iglesia no es occidental, ni oriental. No estamos hablando en términos de ubicación en Europa, en el sentido de que la Iglesia Occidental esté en Europa occidental y la Iglesia Oriental en Europa oriental, sino que se trata de la occidentalización de una manera más amplia.

En ese sentido, siempre me ha gustado lo que decía el cardenal Van Thuan, de manera muy interesante y simple, comparando la evolución histórica de la Iglesia con los océanos: El primer milenio, Mediterráneo. La Iglesia se quedó más de mil años en el Mediterráneo. El segundo milenio, Atlántico, y tercero, Pacífico. Él tenía la convicción de que la Iglesia no había llegado todavía a las grandes culturas orientales,

Obispo Demetrio Valentini

las más antiguas de la humanidad, de la India, de China, de Japón. En Japón, por ejemplo, sólo hay el 0,5% de cristianos, que no son japoneses en su mayoría, sino migrantes de Filipinas o de Brasil. En cambio, cuando los japoneses viven acá, fácilmente se convierten al cristianismo.

La Iglesia se identificó demasiado con la cultura occidental y tendría que encontrar maneras de identificarse con las culturas orientales, de inculturarse. La noción de inculturación no existía en el tiempo del Concilio Vaticano II, es una palabra nueva para este reto de la Iglesia: darse cuenta de que el Evangelio tiene que penetrar la vida humana y las culturas humanas, y revestirlas sin desvirtuarlas, encontrando nuevas expresiones de la fe cristiana.

Entonces, también en perspectiva histórica, debería encontrar nuevas expresiones eclesiales que no necesariamente asuman la carga histórica de la expresión eclesial occidental. Por ejemplo, los japoneses no se ponen jamás de rodillas, porque no es propio de su cultura. ¿Por qué entonces en Japón habría que hacer iglesias con bancos para arrodillarse? Es evidente que eso es relativo. Pero estamos demasiado habituados a pensar que esa es la manera de expresar la fe cristiana, y no vemos que no es así necesariamente.

Habría mucho que hacer si quisiéramos que la fe cristiana fuera asumida de manera integral, de manera que produzca una identificación de la persona, en otras culturas. Habría que relativizar mucho más de lo que estamos habituados las formas históricas que la Iglesia asumió. Porque tuvo una gran experiencia de inculturación, que fue cuando traspasó las fronteras del judaísmo, con la cuestión, que está narrada en la carta de Pablo, de la circuncisión. Ese hecho significó salir de un contexto cultural muy típico de una determinada historia, de una determinada identificación humana. Porque la cultura comprende la manera como vemos el mundo, como comprendemos y analizamos la realidad, como buscamos verdades. Se había desprendido una secta del judaísmo, pero hubiera permanecido en los límites culturales del judaísmo si no se producía esa experiencia de inculturación.

Otra experiencia fuerte de inculturación fue con la Iglesia Oriental, que se identificó con los pueblos eslavos, con Antioquia, con algunas regiones de África. Pero la Iglesia tendría que tener muy clara la conciencia de que es necesario de que así como realizó una inculturación consistente, fuerte, significativa, al inicio, debería realizar otras inculturaciones. Eso implicaría ciertamente relativizar muchas

cosas externas que hoy configuran la manera como la Iglesia vive en occidente. También en términos de comprensión bíblica. Siempre me ha gustado la lectura que hace Pablo Richard de los Hechos de los Apóstoles. Los Hechos terminan en Roma y permanecen inconclusos. ¿Qué significa llegar a Roma? Que se cumplió lo que Cristo propuso, como los Hechos pone al inicio "seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo". Para simbolizar que la fe cristiana llegó hasta los confines del mundo se termina narrando cómo plantó la bandera en el corazón del mundo, en la capital del imperio. Roma no significa el lugar hasta donde había que llegar; al contrario, significa el desafío permanente de llevar el Evangelio siempre a plantarlo en el corazón del mundo.

De los Hechos, el primer momento transcurre en Jerusalén, el segundo momento, en Judea, el tercero, en Samaría, y después en el mundo hasta llegar a Roma; para decir que la Iglesia tiene que siempre seguir en el camino hasta llegar al corazón de la realidad. Es el proceso que debería seguir de inculturación progresiva y permanente.

El nombre cristianos

En la Diócesis he recibido este año cuatro sacerdotes de la India, del estado donde estuvo uno de los apóstoles. Me contaron que antes de que llegaran los portugueses, alrededor de 1490, ellos no se llamaban cristianos. Y esa es otra cosa interesante que me puse a pensar. Nos identificamos como cristianos, pero esa identificación tiene sus problemas. Ellos no se identificaban así sino como nazarenos. Si miramos bien, cristianos es una palabra occidental; y, en términos de significado, es una palabra estática: "los que fueron ungidos". Los Hechos cuentan que fue en Antioquia que los discípulos empezaron a ser llamados cristianos. Ese nombre, y después de dos mil años es importante pensarlo, no remite tanto a Cristo, sino que históricamente remite mucho más a la Iglesia, a la manera como los cristianos vivimos. El nombre cristiano no es el mejor nombre que podemos asumir, por increíble que parezca. Estoy hablando en términos amplios, no en nuestros términos cotidianos, para pensar estas cosas al interior de nuestra Iglesia.

Muy particularmente, uno de los mayores desafíos que tenemos es cómo posicionarnos frente a la religión musulmana, porque para los musulmanes los cristianos son los cruzados. Si, por ejemplo, preguntamos a musulmán qué sig-

nifica esa palabra no piensa en Cristo, piensa los eventos históricos concretos practicados por los cristianos. Cristianos para ellos habla de contraposición, de guerra, de venganza. De manera muy inmediata, muy fuerte, los cristianos son los que los invadieron. Entre nosotros entendemos bastante bien lo que es ser cristianos, pero tenemos que tener presente que la Iglesia tiene el desafío de sacudirse su occidentalización si quiere penetrar en las culturas. Creo que es una causa que debería inquietarnos a todos.

Sería importante recuperar la manera de identificarse que tenían los primeros cristianos, cuando no eran llamados cristianos sino discípulos, aprendices, o apóstoles, enviados. Estas palabras nos ayudan a entender la Iglesia no a partir de nosotros, sino del otro, en relación: somos discípulos de Cristo, somos enviados de Cristo. Debemos tener presente la causa mayor, no solamente la de la Iglesia, sino la causa del Evangelio de Cristo, la causa del Reino de Dios.

Relativizar nuestras formas

Esta necesaria relativización ciertamente podría evitar mejor nuestros problemas inter-

nos, de cristianos de occidente, de cristianos divididos en tantas iglesias. Porque si tuviéramos la percepción clara de que muchas de las formas que la Iglesia asume son relativas, no estaríamos haciendo de esas formas motivos de división entre nosotros. La fe cristiana encuentra dificultades de señalar la Buena Nueva, porque siendo motivo de división no es más "buena" nueva. Hay muchas dificultades para llegar a acuerdos que serían más que convenientes para el anuncio de Jesucristo.

Hemos amarrado demasiado el Evangelio a impresiones históricas, que fueron buenas y en su momento fueron aceptadas. Mucho de nuestra liturgia de hoy es herencia de culturas que se decían paganas, o de expresiones que eran paganas. En su momento, la Iglesia no tuvo ningún problema en integrar tantas cosas que no pertenecían a la cultura de los judíos, la cultura de Cristo; y la Iglesia se encarnó en la cultura occidental.

Comprendo que ésta no es una manera usual de hablar del problema de la Iglesia. La propuesta es relativizarla, para percibir mejor lo que es esencial. Incluso el nombre cristiano no es esencial. Tampoco la cruz, que infelizmente se tornó símbolo de las cruzadas. Hay una anécdota interesante al respecto: Dom Helder



Obispo Demetrio Valentini

Camara empezó como obispo en Río de Janeiro a organizar la "Cruzada contra el Hambre", cruzada de esto y aquello. Cuando fue a hablar con Juan XXIII, que había estado como nuncio en Turquía, el papa le dijo que no se podía hablar de cruzada, porque suscitaba una reacción violenta, no sonaba bien para mucha gente. Dom Helder se dio cuenta de que él también estaba atrapado en la cultura occidental. No es fácil salirnos de nuestra cultura. Y muchas veces confundimos lo que nuestra cultura nos propone con lo que viene de Dios. Esto dicho muy respetuosamente. Todos somos formados dentro de una cultura. El Papa Juan Pablo II tenía una identificación muy fuerte con la cultura polaca. Ciertamente muchas de las convicciones que él tenía yo las entendí cuando estuve en Polonia. Esto creo que está subyaciendo en muchas cosas que fueron propuestas como trascendentales y no lo son tanto.

Por ejemplo, en términos de vocación, está el pensamiento de "así debía ser". Pero hay mucho de cultural, hay mucho de circunstancial, que no necesariamente debe ser así. Pablo Richard estaba orientando una reflexión bíblica, hablando de los sacerdotes, de los mayas, aztecas, y alguien preguntó por qué no había sacerdotes indígenas. Él dijo que la culpa no era de los indígenas, porque para la cultura indígena, un hombre que no constituye una familia no es normal, no es aceptable para su cultura. Y eso es claramente relativo, entonces ¿por qué lo hacemos una bandera?

Entonces tenemos que esperar que llegue un tiempo en que la Iglesia tenga más tranquilidad, más claridad, más serenidad, para distinguir lo que es cultural; porque no podemos hacer de la cultura un impedimento para anunciar el Evangelio. La Iglesia tiene necesidad de identificarse con cada pueblo.

Yo creo que tenemos que prepararnos para pensar que el tesoro del Evangelio es tan grande que no podemos ocultarlo por cuestiones que son secundarias, circunstanciales. Esta postura nos ayuda a tener responsabilidad y tranquilidad para relativizar algunas cosas.

La Iglesia tiene una carga histórica que tenemos que reconocer, porque es importante la inculturación. Cuando el Evangelio se incultura, la cultura sirve de apoyo para llevar adelante la encarnación de la Iglesia. Nosotros nos identificamos con la cultura occidental. Pero como discípulos de Cristo tenemos que romper, como Cristo rompió, las fronteras de nuestra cultura: "¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?". En este sentido el cristianismo debe mantener la fuerza de traspasar fronteras, también culturales.

La Iglesia, ninguna iglesia, es dueña del Evangelio, sino que está a su servicio. No puede condicionarlo. Debe estar atenta para percibir lo que en ella es impedimento para el Evangelio, para lo fundamental, que es acoger la Buena Nueva, vivirla, y que transforme la vida y las relaciones. La inculturación es uno de los retos que tenemos hoy como cristianos.



Últimamente, la Iglesia Latinoamericana, heredera de algún modo de la Iglesia de Europa, intentó asumir un rostro más propio, pero hay mucho que caminar todavía para desarrollar nuevas expresiones eclesiales auténticas. Ninguna iglesia consigue traducir exactamente la fe. El Evangelio es mayor que la Iglesia, mucho más fecundo, tiene una fecundidad permanente.

El Concilio Vaticano II

Tuve la suerte de estudiar en Roma en una época espléndida, en la época del Concilio Vaticano II, hace 40 años. Un obispo de la Iglesia Ortodoxa Católica hizo una lectura histórica, cuando se empezó a hablar en el Concilio sobre la colegialidad de los obispos. Era uno de los temas centrales; se trata de que los obispos juntos son responsables de la Iglesia. Tiene un mensaje de unión y comunión, pero también un mensaje muy directo de descentralización: Doce tribus tenía el pueblo, doce apóstoles. Si hoy el pueblo tiene más "tribus", más formas concretas de iglesia, más apóstoles diferentes. La colegialidad tiene el primado, el mensaje de la unidad, pero una unidad que confía en la descentralización. Porque no es posible uniformar la Iglesia. Uno de los problemas es confundir unidad con uniformidad.

Entonces, este obispo hacía un análisis, que creo que es muy pertinente, sobre la separación con los ortodoxos y la separación de la Reforma. Con la separación con los ortodoxos la Iglesia perdió una referencia importante de colegialidad. El occidente se quedó sin ese pilar. Se podría decir que en términos de relación de responsabilidad en la Iglesia son dos los pilares, el primado y la colegialidad. Con la separación entre Iglesia Ortodoxa e Iglesia Católica, esta última perdió la referencia de la colegialidad, que produjo la tensión, la centralización excesiva; que provocó a su vez la separación de Lutero, la Reforma. Porque la Iglesia no tenía la vivencia de la colegialidad, que es la estructura que posibilita hacer diferenciaciones con tranquilidad.

Entonces, este sacerdote ortodoxo señaló que el Concilio debía recuperar la vivencia práctica de la colegialidad. Es esa vivencia la que permitirá comprender las diferencias válidas, frutos legítimos de la Reforma. Entonces recompondría el primado junto con la colegialidad, y sería posible unirse de nuevo, entenderse, con los ortodoxos, respetando su autonomía y sus características propias; y en occidente la Iglesia Católica tendría la posibilidad de resolver

mejor el conflicto que no quedó resuelto con la Reforma.

El teólogo Pablo Richard escribió sobre los Hechos de los apóstoles con el título "El movimiento de Jesús antes de la Iglesia". Porque si analizamos con tranquilidad los Evangelios percibimos algo que no es una herejía, pero que puede ser malentendido, percibimos que la Iglesia no fue fundada por Cristo. En las circunstancias concretas que asumió, fue fundada por los discípulos de Cristo. Cristo no se preocupó por darle forma concreta, cómo debían ser las comunidades, quién debía presidir, etc. Cristo hizo muy pocas indicaciones concretas, Cristo no institucionalizó la Iglesia. No quiere decir que la Iglesia no sea de Jesús, es fruto de su testimonio. Pero si entendemos bien eso, aceptaremos mucho más fácilmente que así como nuestra Iglesia es fruto del testimonio, del amor de Cristo y de su mandamiento, así como de Cristo brotó la Iglesia tal como la tenemos ahora, se podría decir también que el Evangelio tiene fuerza para continuar renovando la Iglesia; la Iglesia tiene que brotar siempre de nuevo desde el Evangelio, renovarse, como se intentó en el Concilio Vaticano II, volver a la fuente. Porque la fuente es mucho más fecunda.

Decimos que Cristo no fundó la Iglesia, en el sentido de que no indicó concretamente las maneras históricas como la Iglesia debía conformarse, hasta dónde tenían que ir los apóstoles, cómo debían reunirse, cómo enfrentar el problema de la circuncisión. Todo eso lo omitió porque la Iglesia es también fruto del Espíritu Santo. Hay que recuperar la fe en el Espíritu Santo, que sigue presente. La iglesia como tal es fruto de los discípulos de Cristo. Los discípulos hoy ¿son capaces de generar la Iglesia? ¿Cómo ser nuevamente impulsados por el Espíritu, tener confianza en Cristo y relativizar muchas cosas históricas de la Iglesia, para suscitar en nuestra realidad, no sólo pensando en China, India, Japón, Mongolia, etc., sino también en nuestra realidad, una Iglesia viva, en Córdoba, en Jales? ¿Cómo seguir con el ímpetu de transformación del Evangelio, de convocatoria, de iluminación?

Lo digo para ampliar horizontes. Creo que estamos demasiado amarrados a formas concretas que la Iglesia asumió, sobre todo a formas occidentales. Y necesitamos cambiar eso para que la Iglesia sea significativa para la gente, que la gente se identifique con la Iglesia.

La Iglesia Latinoamericana en el Concilio

En términos de Concilio, podemos preguntar-



nos que significó, y qué significa ahora, 40 años después. Se puede decir que la Iglesia de América Latina fue la que acogió con mayor entusiasmo el Concilio, y también la más organizada. Durante el Concilio, el Episcopado Latinoamericano poco contribuyó en términos de reflexión. En cambio tuvo una presencia muy válida en términos de articulación. Tuvieron la gracia de llegar al Concilio como única articulación que había en términos continentales, porque existía ya el CELAM, y la Conferencia Episcopal Brasileña existía desde el '52, diez años antes.

Es también interesante saber que la Conferencia Episcopal Brasileña surgió a partir de la experiencia de los laicos, que se articulaban bien, y tenían un Secretariado Nacional. Dom Helder, siendo sacerdote, pensaba que sería muy bueno si los obispos se articularan así. Entonces empezó a elucubrar una articulación de obispos semejante a la de los laicos. Dom Helder vivió durante dos o tres años hospedado en la sede de la Acción Católica Brasileña, en la casa de los laicos.

Durante el Concilio los obispos brasileños se hospedaban todos juntos, con otros obispos de países diversos, en la Domus Mariae. Dom Helder estaba allí, y ese lugar se tornó poco a poco un lugar de referencia durante el Concilio, porque cada día invitaban a teólogos para dar conferencias; hasta el punto que el Secretario General del Concilio tuvo que aclarar que las conferencias de la Domus Mariae no eran oficiales.

La Iglesia Latinoamericana salió del Concilio con una planificación para implementarlo. Concretamente, la Conferencia Episcopal Brasileña terminó el Concilio con el Plan de Pastoral de Conjunto. Y como latinoamericanos, antes de terminar el Concilio ya se presentó la propues-

ta de hacer un "Concilio Latinoamericano" (no se llamó así para no perturbar demasiado), para discutir cómo aplicar las grandes orientaciones del Concilio en nuestra realidad. Por eso Medellín fue decisivo.

Ahora, después de 40 años, la pregunta válida es cómo estamos, cuánto avanzamos. Mucha gente, incluido yo, piensa qué resultó del Concilio. Evidentemente fue espléndido, una gran intuición de Juan XXIII: la renovación, la puesta al día de la Iglesia, la descentralización, la participación. Pero se puede decir que fue muy generoso en las intenciones y muy tímido en las decisiones. Fue un poco así, un poco ingenuo, por ejemplo al pensar que la Curia Romana iba a obedecer tranquilamente todo lo que se proponía.

Muchos empiezan a pensar que sería bueno un nuevo Concilio. Existe un movimiento pro-concilio, iniciado simbólicamente por dos laicos. Este movimiento está en proceso de conseguir adhesiones para hacer la propuesta al Papa, muy respetuosamente, como conviene hacerlo. Y no son muchos los que tienen el coraje de adherir.

Es cierto que muchas cosas del Concilio Vaticano II no se han aplicado todavía... pero del Evangelio también hay muchas cosas que no fueron aplicadas. El problema no es que se agotó el Concilio en términos de orientaciones; se terminó el momento, no tiene más fuerza impulsora. Además, hay grandes cuestiones que no fueron abordadas, como la cuestión de la mujer en la Iglesia, que no era un tema tan evidente como hoy. Hay nuevas situaciones que merecerían un nuevo Concilio.

Un Concilio ahora no sería como aquel, donde no había ni computadoras; lo máximo que había en tecnología era la fotocopidora. Pero no es sólo en términos de tecnología, hoy no se podría hacer un Concilio solamente de Obispos, por ejemplo. Es complejo de pensar. Al mismo tiempo, no sería repetir el Vaticano II y su estructura, porque está superada. ¡Se habló en latín en esa oportunidad! Un obispo americano se quedó una semana y se fue porque no entendía nada de latín. Hoy hay más posibilidad de comunicarse, de trabajar más eficazmente. No es preciso imaginarse que vamos a reunirnos todos en la Basílica de San Pedro. Hoy sería distinto, sería un nuevo estado de ánimo, Es pertinente poner como expectativa que la Iglesia tiene que ser sacudida por el espíritu.-

Cecilia Michelazzo / Fotografías: de Alejandro Rossi, en el Encuentro Angelelli y en la Peregrinación a La Rioja, agosto de 2005.